

El nombre de «Historia de las Ideas» vendría a designar el enfoque y la metodología más tradicionales. De hecho, muchos manuales e incluso las asignaturas universitarias todavía llevan esta denominación. Quienes así conciben la historia del pensamiento político, sostienen que el sentido y la función de las ideas políticas consiste en definir el buen orden, tanto político cuanto individual: esto es, el mejor régimen político y la mejor forma de moral individual.

Para la corriente de la Historia de las Ideas, Occidente tendría su particularidad en haber descubierto y buscado resolver este problema universal. En efecto, desde la antigua Grecia, una serie de filósofos y pensadores –cuyos padres fundadores serían Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Tácito, Plutarco, luego continuados entre otros por San Agustín, Santo Tomás, Maquiavelo, Hobbes, Kant, Hegel– han ido respondiendo a esas preguntas, formando así una tradición de pensamiento, occidental en su origen, pero que, en verdad, tiene alcance y validez universales. Este alcance universal viene dado porque estas preguntas consistirían, para la Historia de las Ideas, los auténticos y permanentes problemas humanos, transhistóricos en su esencia, e históricos sólo en sus formas externas, relativas a la

aplicación práctica. Por tanto, para éstos, la particularidad cultural de Occidente es ser universal.

Para los cultores de la Historia del Pensamiento Político como Historia de las Ideas, leer a estos clásicos –aun con sus disputas internas– no sólo nos permite entender cuáles son los problemas de la actividad política, sino también –y acaso principalmente– formarnos moralmente y, finalmente, poder escoger el bien y rechazar el mal. Leer a los clásicos es una manera de instrucción o educación moral individual y colectiva, pues en definitiva nos permite responderá las preguntas éticas por excelencia: ¿cómo debemos vivir? ¿qué debemos hacer? Para esta corriente de interpretación, todos los problemas políticos y morales actuales tienen –más o menos directamente– respuesta en los clásicos. Lo que está verdaderamente en juego en la política de nuestros días puede ser respondido con la inestimable y única colaboración de nuestros/los clásicos.

La formación moral, el aprender los verdaderos valores del hombre y cómo pueden llevarse a cabo, a través de la investigación acerca de cuál es el mejor régimen político, implica como contracara realizar juicios de valor acerca de las acciones de los actores, los fenómenos históricos, los fines políticos y, en definitiva, acerca de las formas de organiza-

ción social. La Historia de las Ideas entiende como parte de su función evaluar, es decir, aceptar y rechazar hechos, actores, instituciones y valores. Comprender y valorar son dos momentos, que se requieren mutuamente, de un mismo proceso: la labor investigadora del historiador de las ideas.

Metodológicamente, la Historia de las Ideas aborda la lectura de los clásicos de manera «textualista», es decir, prestando atención al texto en sí mismo, casi sin tener en cuenta el contexto en el cual se ha producido, pues lo que se encuentra en ese discurso es fundamentalmente un contenido moral y político que responde a problemas permanentes del hombre, y no a cuestiones más o menos inmediatas de una época determinada. Para quienes así lo entienden, el contexto sería más bien una excusa para hablar de los grandes temas, pues detrás de todo problema están las cuestiones fundamentales.

La Historia de las Ideas, coherente con su afirmación acerca de la existencia de verdades humanas permanentes, cree en la posibilidad de fijar el sentido último y objetivo de un texto, y descartar por tanto interpretaciones «incorrectas». La clave para ello, tal como afirmaba Leo Strauss, quizá junto a Friedrich Meinecke el máximo representante de esta corriente, era comprender al autor

tal como él se comprendió a sí mismo. Es decir, reproducir lo que el autor quiso decir y dijo, y no otra cosa.

Frente a esta interpretación tradicional de la Historia de las Ideas, se encontraría otra, que habitualmente se siente más cómoda conceptualmente denominándose Historia de la Teoría Política o Historia del Pensamiento Político. Entre sus principales representantes se encuentran Quentin Skinner, John Dunn y John G.A. Pocock, representantes de la llamada Escuela de Cambridge, que a partir de los años de 1970 comenzó a desarrollar esta metodología.

Su diferencia con el enfoque de la Historia de las Ideas radica en que cuestiona la existencia de problemas permanentes y universales y, así, de respuestas con esos caracteres. Por lo tanto, no necesariamente niega la existencia de los clásicos, pero en cualquier caso no cree que tengan la centralidad excluyente que lea otorga la Historia de las Ideas. El centro de la historia del pensamiento político está, para esta corriente renovadora, en los problemas, discusiones y controversias, concebidos como particulares y no hipostasiables de una época a otra.

Para la Historia del Pensamiento o de la Teoría Política, un autor u obra clásicos son entendi-

dos, si acaso, como los protagonistas principales de las controversias. Pero es en éstas donde se encuentra el valor del pensamiento o de la teoría política. Por dos motivos: por un lado, han generado unas reflexiones y un modo de abordar intelectualmente los problemas que todavía nos resultan útiles para pensar hoy; y, por otro, nos permiten entender cómo hemos llegado a ser lo que somos. La primera dimensión resalta la actualidad de las controversias habidas, y la segunda, su carácter histórico.

Además, a diferencia de la corriente tradicional, para la Historia del Pensamiento o de la Teoría Política, si las obras y los autores clásicos todavía hoy nos resultan de utilidad no es porque mostraran como nadie más la verdad de la vida política y moral, sino por el tipo de conocimiento que es el saber político. En efecto, el saber político no «avanza» por demostración y superación de sus postulados, sino que tiene un carácter filosófico que le da cierta permanencia o, visto desde el otro lado, hace imposible que muera para siempre. En efecto, en el saber político no existe algo así como que un pensador «demuestra» que la Tierra no es el centro del universo sino que ese lugar lo ocupa el Sol, y por tanto a partir de entonces ya no cabe discutir científicamente la cuestión. El saber

político no puede «demostrar» que, por ejemplo, el valor libertad es superior al valor igualdad, y pretender en consecuencia que no tiene cabida ya la discusión entre los partidarios de uno y los del otro valor. Esto hace que las discusiones puedan retornar, si bien transformadas.

¿Esto significa entonces que la Historia del Pensamiento o de la Teoría Política crea que los clásicos son tales porque han pensado los problemas permanentes de la humanidad? No tan así. Más bien, lo que cree es que hay ciertos problemas que permanecen, pero no porque sean los auténticos problemas de la humanidad, esenciales a la condición humana, y por tanto de origen Occidental pero de alcance universal, sino porque ven en Occidente un área cultural, que se ha hecho determinadas preguntas y, en esa medida, quienes vienen participando de esa larga conversación/controversia –no sin interrupciones, discontinuidades, diálogos paralelos y cambios de paradigma– tienen todavía cosas que decirnos. No obstante, si todavía nos son útiles, no es porque ellos nos hablen, sino porque nosotros los hacemos hablar, en la medida en que los interpretamos buscándoles provecho a la luz de los problemas actuales.

Para la Historia del Pensamiento o de la Teoría Política, las preguntas aparecen y desaparecen

en la historia, precisamente porque no son necesarias ni universales, sino contingentes y particulares. Es difícil encontrar alguien en Occidente que todavía hoy se pregunte si los gobernantes ejercen su puesto por gracia divina. Pero si no lo hace no es porque se haya demostrado que esto es imposible, o porque haya habido un avance cultural que impida una noción tan irracional, sino porque no hay quien cultive ese valor, al menos con relevancia pública e intelectual. De ahí que esa discusión –como tantas otras que parecían esenciales– haya muerto... o, mejor, se haya dormido.

Esta concepción de la historia del pensamiento político está menos preocupada por definir qué autores y por qué forman parte del canon clásico, y más por extraer de ellos unos conceptos, preguntas y modos de plantearse las cuestiones que sirvan actualmente para pensar nuestros problemas políticos y para entender la historia de los conceptos. Esta corriente, por tanto, da mayor importancia a los problemas que a quienes han buscado resolverlos. Precisamente porque esta corriente no cree en la posibilidad de resolver los problemas políticos de manera definitiva, ni –lo que es más importante– entiende que se pueda tener algún criterio para distinguir cuándo un problema queda resuelto. En efecto, la corriente tradicional de la

Historia de las Ideas, al concebir que la historia del pensamiento tiene una función básicamente moralizadora y evaluadora de las doctrinas o reflexiones, cree encontrar en lo moral un criterio para clasificar quiénes son clásicos y quiénes no lo son, en tanto unos contribuyen al descubrimiento y esclarecimiento de la verdad política y otros no. La Historia del Pensamiento o de la Teoría Política no busca realizar juicios de valor, y en última instancia distinguir la verdad de lo que no lo es, sino explicar y comprender las corrientes de pensamiento y su surgimiento e impacto históricos.

Al pensar más por problemas que por autores, esta corriente metodológicamente se separa de la tradicional por prestar gran importancia al contexto de las obras. No siempre ni para todos los cultores de la Historia del Pensamiento, el contexto es social, económico o político, sino que también puede ser lingüístico e intelectual. El contexto relativiza el peso del clásico, pues el autor ya no aparece como aquel que ha venido a revelarnos una verdad esencial, sino como un sujeto que se plantea problemas a partir de las cuestiones que ocurren y se debaten en su época, y que discute o refuta a otros pensadores o actores, que probablemente no sean clásicos pero que, a los efectos de la producción teórica, son fundamentales para entender lo que está en juego.